

BIBLIOGRAFIA

SABER FILOSOFICO Y SABER CIENTIFICO

Antonio Balli

La "Unificación del saber" fue el tema del XX Congreso Nacional de Filosofía que tuvo lugar en Italia (Perugia) en el mes de abril de este año (1965). Tratándose de un argumento que interesa muy de cerca el ambiente científico, voy a recordar las partes más sobresalientes de las conclusiones. Existen todavía muchos incrédulos y hay que convencerlos, también... si fuera con la fuerza. Para los jóvenes sirva de estímulo para que se dediquen a los estudios y a las investigaciones con más interés y más provecho.

Se trata de un tema tradicional y antiquísimo, bien presente en la mente humana desde los albores de la reflexión filosófica. Ya los griegos pensaban en los tiempos dominados por la tradición y por el mito, en poder coordinar la variedad de la experiencia mediante el recurso a principios explicativos unitarios. La investigación del origen, del fundamento, de la unidad de todos los fenómenos ha constituido siempre la preocupación y la meta de las grandes metafísicas y de las grandes teologías. Los filósofos italianos, durante este Congreso, enfrentaron nuevamente el tema clásico de todo el pensamiento occidental y de una parte del pensamiento oriental. Pero el debate se desarrolló en una situación histórica nueva, ampliamente dominada por las victorias de un pensamiento científico y tecnológico que destruye, día tras día, la tradición, la autoridad, el mito, las antiguas categorías de la metafísica, de la lógica y de la teología del pasado.

La discusión tuvo, como base, cinco relaciones introductivas, ya aparecidas en el volumen: *La Unificazione del sapere*. Sansoni editore, diciembre 1964, de los profesores universitarios Paolo Filiosi-Carcano, Mariano Gentile, Vittorio Mathieu, Enzo Paci, Ugo Spirito, y con la "introducción" de Franco Lombardi, presidente de la Sociedad Filosófica Italiana.

Durante el Congreso se discutió sobre la "interdisciplinaridad", la conexión orgánica y viviente que las diferentes ciencias presentan entre ellas. Y se discutió a un nivel más alto, el vínculo que une las disciplinas científicas al entero cosmos del saber, a toda la "universitas" de la cultura y de los estudios. Se trata, en último análisis, del problema ineliminable del destino histórico de nuestra civilización pensada como fenómeno unitario (Remo Cantoni. *La Unita del Sapere*, La Stampa, Torino, abril 1965).

Las orientaciones que se perfilan en las relaciones introductivas parecen suficientemente claras. Se delinea, independientemente de las distinciones convencionales y didácticas, un movimiento general de convergencia benéfica entre saber científico y saber filosófico. Se desea superar los temores y las incomprensiones recíprocas. Se hacen votos, como Filiosi-Carcano ha muy bien dicho, para que "una ciencia abierta no tenga miedo de los problemas y de los interrogantes filosóficos, y una

filosofía igualmente abierta y despreocupada no tenga miedo de la ciencia; porque ciencia y filosofía son, después de todo, hijas de una misma matriz, de una misma conciencia inquisidora y vidente, de una misma exigencia de sinceridad radical”.

El viejo divorcio idealístico entre ciencia y filosofía, la tardía distinción entre pseudoconceptos científicos y auténticos conceptos filosóficos, la altanera contraposición entre un saber relativo y convencional y otra forma más sublime de saber absoluto y metafísico, el despechado antagonismo entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, parecen todas posiciones envejecidas que ya no corresponden a las exigencias críticas y modernas de la ciencia y de la filosofía de hoy día.

Saber científico y saber filosófico no se sobreponen ni se confunden, sino revelan una complementaridad que los hace necesarios recíprocamente. Ciencia y filosofía están destinadas a integrarse y a condicionarse mutuamente sin que la una deba absorber o superar la otra.

Nos damos cuenta que el espíritu genuino de la ciencia —el “etos” de una reserva que penetra en cualquier parte audazmente removiendo dogmas y prejuicios del pasado, rompiendo barreras y tabúes poco inocentes, descubriendo, por medio de instrumentos, siempre más perfectos, aspectos de la vida que escapan a la escala de nuestras grandezas ordinarias, y fenómenos que salen de nuestras costumbres mentales— es solidario y complementario con el espíritu genuino de la filosofía, con el “etos” de una investigación despreocupada y no anacrónica.

Ciencia y filosofía no se vuelven más las espaldas despechadamente, sino quieren encontrarse no ya en el mito de una “Scientia scientiarum”, que todo sabe y todo puede, sino en un común “etos” de una investigación animosa y paciente, humilde y siempre abierta a la lección de las cosas y de la experiencia, siempre revisable y siempre criticable.

Tanto el saber filosófico como el saber científico ya no son mundos cerrados y monolíticos, sistemas de perentoria certidumbre. Son, más bien, formas comunicantes de saber hipotético y parcial. Lo que emerge en común de las posiciones muy diferentes de los filósofos que han presentado las relaciones introductivas, es la atmósfera de un mundo nuevo en el cual ya nadie posee más la verdad en manera definitiva y perenne. Hasta la actitud más extremista del Congreso, la de Hugo Spirito, que aparta como conocimiento ilusorio todas las religiones y las metafísicas del pasado, en espera que la ciencia haga surgir por fin entre los hombres aquella “aceptación” que inútilmente buscan las religiones, los sistemas filosóficos y las ideologías políticas, se concluye en el reconocimiento que el espíritu científico consiste propiamente en la renuncia al despotismo de la verdad.

La unificación del saber ya no se busca en una suma de acciones, en una construcción enciclopédica, en una metafísica de viejo estilo que sirva de sostén a las diferentes disciplinas y a las diferentes investigaciones. La posible unificación se vislumbra más bien en la creación de una corriente de hábito crítico, de una corriente mentalidad abierta y problemática. El mismo “regreso a la subjetividad”, que es motivo propuesto por la filosofía fenomenológica de Enzo Paci, es una invitación a encontrar en todas las operaciones que reúnen las diferentes ciencias, una común humanidad que construya sin dogmas el libre y fluido mundo de la cultura.

Lo que he recordado sirva, de una vez, para poner bien en luz principalmente dos puntos que conciernen a los jóvenes y a mí mismo.

En primer lugar, la lucha empezada desde tiempos casi inmemorables, y por fin terminada como parece, para poner en evidencia la estrecha colaboración entre investigación científica y pensamiento filosófico.

En segundo lugar para dar a conocer en forma bien clara a los estudiosos jóvenes de edad y de experiencia que una enseñanza y una investigación filosofada, cuando es posible, es lo mejor que se puede hacer para que un docente se haga entender por los alumnos.

Esta lucha yo la he tenido, y todavía la tengo, con colegas y estudiantes de biología, así como con un profesor de filosofía lo que es más incomprensible. Recuerdo que en un debate con este último señor, en los tiempos en los cuales más enfurecía la lucha abierta y oculta entre afortunadamente sólo unos pocos elementos de la Universidad y yo, él así me dijo al concluir un largo discurso: "Soy filósofo, pero no obstante eso, no comparto con usted la idea de que en clase de Zoología se recurra a la filosofía como parte integrante en el desarrollo del programa".

A decir verdad, todo eso me pareció alarmante. Todavía no he podido convencerme que una frase de tan poco sentido haya podido salir de la boca de aquella prestigiosa persona.

Todo eso ocurrió en los años pasados, y precisamente en este año se discutió, durante aquel Congreso de Filosofía, el problema más a fondo; como si filósofos y científicos hubieran querido ofrecer su válida colaboración en mi defensa. Espero que con eso, también los más incrédulos y los más difíciles de convencer puedan cambiar de idea y escoger un camino más cerca de la realidad y de lo comprensivo.

La razón por la cual, para mí, la gran mayoría de los jóvenes salen de la Universidad graduados pero no suficientemente maduros intelectualmente, y que las investigaciones y los estudios en general sufren atrasos, está bien arraigada en una seria falta de comprensión en el apoyo que hay que brindar a la colaboración entre saber científico y saber filosófico.